

cumplir con este deber asistiendo tan solo en alguna ocasion á las reuniones cristianas, prorumpiendo en himnos de accion de gracias á Dios. Bendigamos al Señor con los lábios, pero bendigámosle muchísimo más con las obras; bendigámosle como le bendijo María, con toda el alma. Suban nuestras deprecaciones como oloroso incienso ante el trono de la eterna santidad, y suban allí acompañadas de nuestros deseos de huir constantemente del mal y obrar constantemente el bien. Vayan nuestras acciones de gracias acompañadas de sinceras promesas de vivir penitentes del pasado y vigilantes en lo futuro; añádanse las buenas obras á las buenas palabras, y habremos dado verdaderamente gracias á la infinita misericordia que nos quiere salvos.

DISCURSO XXII.

GOZO.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

Mi espíritu está traspasado de gozo en el Dios Salvador mio. (Luc. I, 47).

Si pudiera juzgarse por las apariencias, no tendría reparo en aceptar la opinion de aquellos, que consideran la vida cristiana como triste y melancólica. Y en verdad; el que mira tan solo en los santos su exterior, no ve en su rostro sinó palidez y duelo, contémplos siempre rodeados de humillaciones y sufrimientos. De ahí, que los secnaces del siglo, al pintar la santidad con el rostro demacrado, llorosos los ojos, inclinada la cabeza cubierta de ceniza, y ceñidos de cilicios, ningun afecto sientan por ella; de ahí que busquen los placeres, y crean poder encontrar la verdadera alegría en blando lecho, opípara mesa, continuos pasatiempos y abundantes riquezas.

Sin embargo, se equivocan. No puede reinar verdadera alegría sin paz, y la paz es el privilegio de solo los justos, los cuales, gustando la paz de los hijos de Dios, sienten aquella embriaguez celestial, que no ofusca el entendimiento, sinó que le alumbrá; no oprime la razon, sinó que la corrobora; no corrompe el corazon, sinó que lo purifica, y permanece imperturbable aún en medio de todas las amarguras de las vicisitudes humanas, y está segura aún en medio de todos los reveses de fortuna. En efecto, el que en vez de juzgar por las apariencias, penetre en el corazon de los fieles observantes de la ley evangélica, se convencerá de que experimentan los saludables efectos de un gozo que no tuvo Salomon, por más que nadase en la abundancia, estuviere sentado en el trono más espléndido, y fuese el más sábio de los monarcas.

Un ejemplo manifiesto de esta verdad nos lo ofrece la Santísima Virgen. Nacida de humilde condicion, hija del más despreciado de los pueblos, esposa de un carpintero, y viviendo siempre en la oscuridad, María, rebotando de gozo, exclama: *Mi espíritu está trasportado de gozo en Dios salvador mio*. De donde yo saco el argumento del discurso de hoy, con el propósito de demostrar, que no pudiendo el verdadero gozo dimanar del mundo, solo dimana de Dios. Ansiosos por vivir siempre alegres, y persuadidos de que para lograr esta dicha, es preciso, más bien que apetecer los gozos derivados de mala raíz, amar los que derivan de origen purísimo, abrigo la seguridad de que siguiendo las huellas de María, nos enamoraremos del gozo que dimana de Dios, renunciando firmemente al que procede del mundo. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

No puede consolarnos, verdaderamente, un gozo falso que carezca de sólidos fundamentos, y que se desvanezca con el transcurso del tiempo, como acaece con el gozo que viene del mundo, puesto que es falso, inconstante y de breve duracion.

Es falso el gozo que procede del mundo. ¿Qué es el mundo? Es un enemigo más peligroso cuando nos lisonjea, que cuando nos maltrata; enemigo del cual se ha de desconfiar con mayor motivo, cuando nos brinda á anhelarlo, que cuando nos obliga á despreciarlo; es un lugar lleno de asechanzas y de escollos, donde todo son desórdenes y funesto veneno; donde reina mucha malicia y poca sabiduria; donde todo es seductor y peligroso; donde no existe más que la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (1). ¿Y será posible recibir, hallar verdadero gozo en este mundo, si á cada paso nos sentimos empujados por la seduccion? Verdad es, que sus adoradores rien, se chancean, y se divierten; pero lo es tambien, que estas risas no penetran en el corazon; que tales chanzas no recrean el espíritu; y que semejantes diversiones ocultan el duelo interior con un exterior de júbilo. En una palabra: el gozo que procede del mundo, más bien que gozo del corazon, lo es de los sentidos; y el gozo de los sentidos, ó no es tal, ó es falso.

El gozo del mundo es inconstante. Aún en la suposicion, de que el mundo fuese capaz de consolar con algun gozo verdadero, siempre resultaría que nada tendría de duradero. Regocijábese Sedecias sen-

(1) JOAN. II, 16.

tado en un trono, y poco despues gemía encerrado en una cárcel; embriagado de placer se encontraba Baltasar, regocijándose en espléndido festin, y pocas horas más tarde moría bañado en sangre; lo propio hacia Jezabel, en medio de sus pompas, y al cabo de poco tiempo perecia en medio de ignominias y de insultos. Y sin necesidad de recurrir á edades remotas, y á antiguos hechos; ¿no hemos visto y vemos todos los días pasar á muchos por extrañas y funestas vicisitudes, de la alegría al dolor, de los honores á los oprobios, y de la abundancia á la miseria?

Además, el gozo que dimana del mundo es de breve duracion. Aún cuando no fuese falso é inconstante, resultaría siempre de corta duracion; á lo más, podría extenderse por todo el tiempo de la vida presente, que es muy breve. Así como los muchos lustros del apostolado de un Juan, del episcopado de un Policarpo, y de la soledad de un Romualdo, se redujeron á nada en la hora de su muerte, tambien quedan reducidos á nada, al llegar la muerte, los años que ha gozado un príncipe en medio de las grandezas reales, un guerrero en los campos de batalla, un literato entre los laureles de sus estudios, y una mujer mundana en medio de los aplausos de sus adula-dores. Al contrario; el gozo que viene de Dios es sincero. Dios es belleza infinita, infinito poder, infinita sabiduria, infinita bondad, que no puede engañarse ni engañarnos, ni hallar obstáculos para cumplir las promesas de su misericordia. De su trono descienden todas las gracias; en sus manos están todos los corazones de los hombres; de sus amorosas entrañas manan perennes raudales de aguas refrigerantes, con que apagan su sed y se restablecen todos los atribulados. ¿Cómo no será, pues, sincero el gozo que procede de Dios, que siendo sumo bien, puede llenarnos de la alegría más inefable? ¿Cómo no será sincero, si el hombre, convencido de que no le sucederá nada que no sea ordenado por Dios para su propio bien, queda contento, sean cuales fueren los acontecimientos? Tan sincero es ese gozo, que cualquier otro lo encuentra insípido, y afliccion cualquiera otra alegría.

El gozo que procede de Dios es constante. Dios no es más bueno un día que otro, ni más poderoso en una estacion que en otra. Sus ojos nunca se fatigan, sus manos jamás se abrevian, siempre es inmensamente rico en sus gracias y generoso en sus beneficios. Él mira á los piadosos con más ternura que una madre afectuosísima al amado fruto de sus entrañas; y absteniéndose éstos de ofenderle, y adorando su voluntad, viven en la seguridad de que serán incesante-

mente asistidos y amados por Él con un amor más fervoroso y ardiente que todo otro amor cualquiera: los justos, que observan sus mandamientos y veneran su nombre, están ciertos de que viven bajo la sombra de su continua y constante proteccion. No niego que tambien los fieles á Dios están sujetos, á la par que los demás hombres, á molestias y á dolores; sin embargo, estos dolores y estas molestias no pueden nunca trascender al alma. Se sienten custodiados por el hombre valiente y bien armado del Evangelio, que arroja léjos de sí toda agresion enemiga. Alumbrados por la fé, y fortalecidos por la gracia, no pierden la serenidad de la paz en medio del bramido de las tempestades. Las angustias son para ellos como las nubes que velan el sol, pues, así como las nubes no ofuscan el sol, por más que así lo parezca á nuestra vista, tampoco las angustias les privan del verdadero gozo, por más que á nosotros nos parezca lo contrario.

El gozo que procede de Dios es eterno. No tiene límites que lo cierran, ni términos que lo destruyan, ni acaba con la muerte. En el lecho mismo del dolor, en la hora postrera de la agonía, radiante su frente con los rayos de la predestinacion, el hombre de bien y virtuoso repite las palabras del Salmo: Dios es mi firme apoyo, mi asilo, mi salvacion y mi gozo (1). Su gozo, léjos de acabar, crece de la misma suerte que crece en el jornalero al cobrar el salario de su trabajo; en el piloto, cuando llegado al término del viaje está para entrar en el puerto; y en el peregrino, cuando despues de un largo viaje está próximo á ver de nuevo el suelo natal. Si le asalta algun temor, asido del áncora de la Esperanza, que hace hallar anticipadamente el Cielo en la tierra, y la calma en la borrasca (2), dice al Señor: He cumplido lo que me mandaste; dame ahora lo que me prometiste. Verificadas estas promesas, rejuvenecido y como si fuese ya un sér celestial, con plumas de águila (3), investido y compenetrado por el Bien sumo, exclama con la esposa de los Cantares: He encontrado al que adora mi alma; asile y no le soltaré; ya no sufrirá el menor cambio esta suma felicidad mia (4).

¿Cuál de estos dos gozos quereis escoger, hermanos mios, el del mundo, que es falso, inconstante y de corta duracion, ó el de Dios, que es sincero, constante y eterno? Sería preciso haber perdido el juicio para posponer el segundo al primero, pues, equivaldría á des-

(1) PSLM. XVII, 3.

(2) HEBR. VI, 19.

(3) ISAÍAS, XL, 31.

(4) CANT. III, 4.

echar lo mejor, y escojer lo peor. Procuremos, pues, el gozo que procede de Dios: á esta preferencia nos incita precisamente la Santísima Virgen con su ejemplo. María goza; pero goza en Dios.

El espíritu de María está trasportado de gozo. Si el profeta Zacarías, vaticinando el nacimiento del Rey justo y salvador por entre las tenebrosas sombras del porvenir, invitaba á que se regocijase en gran manera la hija de Sion, y saltára de júbilo la hija de Jerusalén (1); si se alegró Abrahán, vislumbrando con profética mirada en lo futuro el día del Señor, día de consuelos y de gracias, de misericordias y de paz (2); ¿cuánto más no debía regocijarse María, que llevaba en sus entrañas á Aquel, á quien vaticinaron de léjos por medio de imágenes, símbolos y figuras, Zacarías y Abrahán?

Se está contento, cuando se encuentra un tesoro que satisface todas las esperanzas y todos los deseos. Ahora bien; tesoro preciosísimo es la gracia santificante, en la cual consisten la nobleza y grandeza verdaderas, la prenda más segura de la amistad de Dios, y el dón más espléndido de su generosidad. Un tesoro tal halló María (3); de manera, que, apénas concebida, recibió más gracia de la que estuviera adornada la más pura criatura llegada al término de sus días. Enriquecida con este tesoro, que la convierte en Paraíso, incomparablemente más delicioso y bello que aquel donde Dios colocára á Adán, siéntese trasportada de gozo.

Se salta de júbilo cuando el enemigo es derribado con gloriosa victoria. Pues bien; enemigo terrible es el demonio, que, habiendo despojado fraudulentamente al hombre de los dones divinos, y privándole de la inmortalidad, le había precipitado en las oscuras regiones de la culpa y de la muerte. A este enemigo vióle María gemir aplastado debajo sus piés. Contenta por un triunfo tanto más glorioso cuanto que se trataba de un adversario invencible para todos los demás, María se regocija.

Se está alegre, cuando se tiene un hijo ilustre y venerado. La gloria del hijo trasciende á la madre, el lustre de la madre aumenta segun que el hijo crezca en honor y en grandeza, y la madre goza á proporcion del honor y de la grandeza del hijo. Ahora bien; bajo este concepto, María es madre de un Hijo, que no tiene necesidad de diadema que ciña sus sienes, ni de púrpura que cubra su cuerpo, siendo el monarca omnipotente del Universo; es madre de un Hijo

(1) ZACH. IX, 9.

(2) JOAN. VIII, 56.

(3) LUC. I, 30.

cuya soberanía será reconocida y proclamada por cuanto hay en el mundo de más grande, de más noble, de más poderoso, y de cuya corona los más fieros enemigos no podrán arrancar la más insignificante de sus piedras preciosas. Ella lo conoce, y rebosando de la excelencia de este hijo, se alegra.

Además, María no se contenta con decir que se regocija, añade: que se regocija en Dios. Examinemos una por una sus bellas palabras. María *se regocijó*, no *se regocija*, tiempo presente, ni *se regocijará*, tiempo venidero; sinó *se regocijó*, para indicar claramente, haberse regocijado desde el primer instante de su sér y en todos los instantes de su vida, sin que este gozo cesase un solo momento. María afirma, que está trasportado de gozo *su espíritu*, con lo cual significa, que su gozo no es alegría de sentidos, siempre vana y falaz, sinó alegría de corazón, que lleva consigo aquella serenidad en el entendimiento, aquella calma en la voluntad, aquel reposo interior, y aquella dulzura de sentimiento que sazona la prosperidad y templala aflicción. María dice: se regocijó mi espíritu en Dios *Salvador*; lo cual quiere significar, que si debemos regocijarnos en Dios *criador*, el cual, habiendo sacado las cosas de la nada, hace brillar el sol sobre nuestras cabezas, disuelve las nubes en saludables lluvias, fecundiza las entrañas de la tierra, domina las olas del mar, manda á la misma muerte que deponga su levantada guadaña; muchísimo más debemos nosotros gozarnos en Dios *Salvador*, que por su infinita caridad, muertos en pecado, nos arrancó del poder de las tinieblas y de las garras infernales, nos regeneró á la gracia, admitiéndonos de nuevo en el ósculo de su amor. Finalmente; María dice: mi espíritu se regocijó en Dios *Salvador mio*; lo cual denota el milagro, en virtud del cual Ella sola, con privilegio especialísimo entre todos los descendientes de Adán, no fué contaminada por un solo momento de la culpa original.

Sacad de ahí, hermanos míos, los motivos por los cuales María se regocijara tanto en Dios *Salvador*. Hija de la gracia, el gozo de María, obra de Dios Padre, que la había escogido por Hija, de Dios Hijo, que la había elegido por Madre, y de Dios Espíritu Santo, que la había tomado por Esposa, aumentado inmensamente al cumplirse en Ella los designios de las celestiales misericordias y subido al máximo grado, cuando, hecha tabernáculo del Altísimo, encerraba en sí la expectación de los siglos, se derramaba como armonía suavísima de Paraíso. Hija del amor, la alegría de María, puesto que el amor vive, crece y goza en la unión del sér amante y del objeto

amado, cuando el Hijo de Dios, que es su amor, se hizo Hijo suyo y puso en el fondo de sus entrañas el origen de la salvación, lleva consigo tanta plenitud de suavidad, que no puede compararse ni remotamente con cuanto de delicioso y de suave han visto los ojos, escuchado los oídos ó deseado los corazones. Por cuyo motivo, el águila que hiende las nubes, el ciervo que corre á la fuente, el peso que se dirige hácia el centro, la llama que se eleva, y la luz que esparce el sol, no nos ofrecen más que imágenes oscuras y sin color de los arrobamientos con que el alma de la Virgen, elevándose con amor hácia el amor, cantaba: *Mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio*. Canta, oh María, canta, porque tu canto al cabo de cuatro mil años de duelo y de desventuras, recuerda el himno entonado al Criador durante los cortos instantes de la inocencia. Canta, oh María, canta, puesto que tu canto repetido en todas las partes del globo, muestra al Universo cual y cuanto fué tu gozo en Dios.

Siguiendo el ejemplo de María, procuremos, hermanos míos, alegrarnos con el espíritu, alegrarnos en Dios. Es esta igualmente una virtud, que saca el gozo de lo que es bueno y virtuoso, evitando lo que es torpe é indecoroso.

Regocijarse.—No se pretende que nos neguemos á las expansiones de alegría, ni se nos manda que vivamos en perpétua melancolía. Nada de eso, muy al contrario; quiere el Señor que estén alegres aquellos que le rinden culto (1), pues, el Espíritu Santo dice: que la alegría mantiene la edad florida (2). Mas como no todo gozo es recto, ni toda alegría es santa, hé ahí porque se nos exhorta á no tomar veneno por remedio. Hay un gozo de origen pestilente, una alegría procedente de manantial enturbiado; de semejante gozo debemos huir, procurándonos únicamente el que deriva de un origen puro, de una manantial de agua cristalina y saludable. Hé ahí lo que llena el corazón de verdaderos gozos; hé ahí en que consiste la verdadera alegría.

Regocijarse con el espíritu.—Constando el hombre de alma y cuerpo, no debemos alegrarnos por lo que agrada al cuerpo, sinó por lo que conviene á la salud del alma. Regocijarse por lo que agrada al cuerpo, es regocijarse á la manera de los pecadores, que piensan solamente en coronarse de rosas ántes que se marchiten; regocijarse por lo que conviene á la salud del alma, es alegrarse á la manera de los justos, que atienden á lo que es un verdadero bien para ellos. Divertirse en

(1) II CORINT. IX, 7.

(2) PROV. XVII, 22.

los juegos, en los paseos, en los teatros; alegrarse entre gente de buen humor, en espléndidos festines y en agradables pasatiempos; gozar porque se posee un espléndido tren, gloriosos títulos y honores ilustres; es gozarse en los sentidos y en la parte animal. Pero, divertirse con piadosos consejos, alegrarse en las santas inspiraciones, regocijarse de los buenos pensamientos, de los buenos afectos y de las buenas obras, es gozarse en la parte noble, en la parte superior.

Regocijarse en Dios.—El gozo nacido de las lisonjas y de las seducciones mundanas es inútil, falaz y peligroso; inútil, pues no tiene más que las apariencias del gozo; falaz, puesto que carece de medios para penetrar en los arcanos del corazón; y peligroso, por lo mismo que no sabe preservarnos de las caídas. El gozo que procede de Dios convierte el llanto en risa, el dolor en alegría; mira al mundo como una cárcel, y al Cielo como su casa; no se detiene en las presentes cosas variables de suyo, sino que aspira á las venideras, que serán eternas.

Por consiguiente, para regocijarnos en provecho nuestro, para alegrarnos de suerte que esté satisfecho el corazón, y para recrearnos en lo que nunca podrá engañarnos, es preciso regocijarse en Aquel de quien desciende toda felicidad, toda prosperidad, toda cosa alegre; es preciso regocijarse en Dios.

Así, pues, para imitar á María alegrémonos, hermanos carísimos, en Dios, que lo sabe todo, que todo lo ve, todo lo tiene presente, y cuenta nuestras lágrimas, numera nuestros afanes, no olvida nuestras aflicciones, para darnos en la otra vida una compensación de honor y de gloria proporcionada á las amarguras sufridas en este valle de lágrimas. Alegrémonos en Jesucristo, que nos redimió de la esclavitud del pecado, libró de la tiranía del demonio, y nos constituyó de víctimas del Infierno en herederos del Paraíso; y que, sincero, constante y generoso, no nos abandonará, ni aún en aquellos momentos en que nos veremos abandonados de todos. Regocijémonos en el testimonio de la buena conciencia, puesto que la conciencia recta es como un banquete continuo (1); es un placer superior á otro cualquiera (2); es como una gracia, con la cual el justo no teme, ni pierde la paz y tranquilidad de corazón, cualesquiera que sean las vicisitudes por que pase (3). Regocijémonos así, puesto que buscando y amando el gozo verdadero, imitemos á María.

(1) Prov. XV, 15.

(2) Eccl. XXX, 16.

(3) Prov. XXVIII, 1.

DISCURSO XXIII.

VIDA OSCURA.

Quia respexit humilitatem ancillae suae, beatam me dicent omnes generationes.

Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, me llamarán bienaventurada todas las generaciones. (Luc. I, 48).

En los antiguos tiempos todo anunciaba las glorias de María. Las anunciaban las promesas hechas á los Patriarcas, las maravillosas figuras del pueblo Hebreo, los vaticinios de los Profetas, y cuanto servía de preparación para la venida de Jesucristo. Hablaba de Ella la aurora mensajera del Sol de justicia, el lirio nacido entre espinas, la florida vara de Jesé, de la cual había de nacer como una flor el deseado Mesías. A Ella se refería el Arca de la alianza, que llevaba en su seno la esperanza y la salvación del mundo; el Zarzal ardiente, que se abrasaba de un fuego divino sin consumirse; la Torre de David, de la cual colgaban innumerables escudos; el vellon de Gedeon, sobre el cual caía el celestial rocío, mientras que todas las demás cosas se secaban por los ardores del verano. Era bella como la luna, radiante como el sol, terrible como ejército en batalla, pura como paloma de blancas plumas, cerrada como huerto abierto tan solo para el Esposo de los Cantares. Las ilustres heroínas, cuyos nombres registran los sagrados libros, tuvieron algo que representaba á la Virgen Nazarena. Eva, en el estado de inocencia, esposa y virgen; Sara, cuya esterilidad se hizo fecunda con un milagro; Rebeca, que con la bendición de Isaac antepuso Jacob á Esaú; la hermosa Raquel, la prudente Débora, la magnánima Esther, y la fatídica Ana; aparecieron como imágenes de María.

Sin embargo, al venir al mundo María, no brilló ninguna de estas glorias. Hija de padres humildes, crecida en una casa pobre, y des-